



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXIX

DECA NO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 11870

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 ptas.—Sexto mes, 11 ptas.—Un año, 20 ptas.—La suscripción se contará desde 1.º y 10.º de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

MARTES 30 DE MAYO DE 1899

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

LA CORTE DE NAPOLEON

LA CORTE DE NAPOLEON

TEATRO PRINCIPAL

GRAN COMPANIA COMICO-DRAMATICA

DE LA EMINENTE ARTISTA

MARIA A. TUBAU

DIRIGIDA POR EL RENOMBRADO AUTOR

CEFERINO PALENCIA

ABONO DE SEIS FUNCIONES.—CUATRO ESTRENOS

CRONICA

OTRO DESENGAÑO

La cuestión yanqui-tagala es el sueño de nunca acabar; cada día se anuncia una nueva conferencia entre indígenas é invasoras y siendo así que unos y otros tienen grandes deseos de que la paz se restablezca, cada vez que se reúnen para acordarla se separan dispuestos á seguir peleando. Nada nos importaría esto si no padecieran con ello nuestros compatriotas; pero hay en Filipinas muchos españoles prisioneros que no alcanzarán la libertad sin la previa pacificación del país y esta circunstancia nos obliga á estudiar de cerca los sucesos que se desarrollan en esta parte del mundo. Lo que pasa no puede ser más raro. Los indígenas sufren un daño gravísimo; ellos mismos se quejan de lo empobrecido que han quedado

con la guerra el país y en su deseo de que el estado de miseria termine hacen gestiones para entraneg tratos de paz. En tanto que reúnen la asamblea y exponen la situación y se discute y acuerda cuales cabezillas han de formar la comisión que se aviste con Otis para tratar de la paz deseada, el general americano, que nos las tiene todas consigo porque apenas puede llamar suyo el terreno que pisa en Filipinas, considera resuelto el problema de su dominación, y el pueblo yanqui que mira satisfecho alejarse el peligro de una guerra larga é implacable, se dispone á hacer toda clase de concesiones.

Pero llega el momento de la conferencia; pónense á hablar yanquis é indígenas, exponen éstos sus pretensiones de los que forma parte la independencia; crecense aquéllos considerando que los deseos de paz de Aguinaldo envuelven cierta dosis de miedo y rompien-

do el orgullo todos los frenos de la prudencia que les aconseja aprovechar la salida que la conveniencia del enemigo les depara, regatean de tal modo la paz que ansian y se manifiestan tan exigentes, que no tardan en romperse los tratos, reanudándose enseguida el combate, sin perjuicio de que al día siguiente, cuando el odio y el orgullo dejan lugar a la reflexión, los tagalos comprendan que le es necesaria la paz para salir pronto del estado de miseria en que viven y los yanquis consideren que les conviene á todo trance salir en breve plazo del callejón sin salida en que en mal hora se metieron.

Y vienen nuevos tratos y nuevas discrepancias y nuevas rupturas y nuevos combates en consecuencia. Ya en los labios de luz del gran latino enmudeció el torrente petegriño; ya no atruena su son grave y rotundo. Pero aún seca la fuente infligrosa, hará la catarata prodigiosa eternamente trepidar al mundo!

Victimas de esas ambiciones son nuestros soldados. Por ellos deseamos que la paz sea un hecho; pero la paz no viene y la libertad de aquéllos no llega.

Grandes serán las faltas que hemos cometido en las colonias, pero bien las estamos pagando.

LA MUERTE DE CASTELAR

Su palabra fue inmensa catarata de regia y deslumbrante pedrería, cuyo arco enorme con fragor rompía colgantes de oro y sábanas de plata. Como la luz que en plélagos desata la fuente eterna de que brota el día, del sol de su cerebro descendía la elocuencia que ofusca y que arrebató. Ya en los labios de luz del gran latino enmudeció el torrente petegriño; ya no atruena su son grave y rotundo. Pero aún seca la fuente infligrosa, hará la catarata prodigiosa eternamente trepidar al mundo!

Salvador Rueda.

LOS HOMBRES DEL PASADO

Fernando III (el Santo).



El reinado de don Fernando III, llamado «El Santo», es uno de los más gloriosos que registra la historia de Castilla durante el grandioso período del siglo XIII. D. Alvaro Núñez de Lara quiso oponerse á su elección y el joven monarca le derrotó haciéndolo prisionero y devolviéndole la libertad á cambio de todas las plazas que el de Lara poseía. El gobierno de D. Fernando se dió á conocer por su justicia, su templanza y

Estaba ya en el camino. La silla de posta se acercaba con rapidez. Cuando estuvo á cierta distancia de los que esperaban, Piquard gritó con voz terrible: — ¡Alto! ¿quién vive! — El rey nuestro señor, contestó el postillon, deteniendo la silla. — Viva el rey Carlos III, gritó Piquard. Nadie contestó. El conde del Villar y Mr. de la Chamiere se habian avanzado á los orizontales delanteros. — Hemos troppezado con una avanzada del archiduque, dijo el conde con voz trémula, mas de cólera que de miedo. Mr. de la Chamiere no contestó; sabía demasiado que aquella no era una avanzada cualquiera; me habia el archiduque de Austria á la cabeza. El archiduque habia entrado en una torre del castillo de Villar en una torre del castillo de Villar. El archiduque habia entrado en una torre del castillo de Villar en una torre del castillo de Villar.

VIII

Un cuarto de legua antes de llegar á Taracena, se veía á la derecha del camino una gran espesura de Álamos negros. Piquard se detuvo y dijo á sus compañeros: — Debemos esperar aquí; á mi amo le conviene que Mr. de la Chamiere sea puesto en libertad á esta distancia de Madrid; entre la espesura podemos escondernos perfectamente; la silla de posta habrá salido al oscurecer de Madrid, y llegará aquí cuando mas tarde á las doce de la noche: son cerca de las once; esperemos. Y seguido de los otros se metió entre los árboles.

IX

No se habia equivocado Piquard; á la media noche se oyeron á lo lejos los chasquidos del látigo del postillon, y poco despues las campanillas de los caballos de posta, el ruido de su galope, el ródar de la silla, que adelantaba con rapidez. — ¡A caballo! dijo Piquard, cumpia cada cual lo mejor que pueda con su deber: á caballo y al camino; me parece que la empresa es más fácil de lo que

— Irá en silla de posta, dijo Pommeferre. — Por supuesto, respondió Piquard. — Llevará escolta, dijo Malegarde. — ¿Y qué importa eso? dijo Piquard; si no llevara escolta, el servicio que haremos, no á Mr. de la Chamiere, sino al rey, no tendría mérito alguno: ¿no somos además bravos mosqueteros negros del gran Luis XIV? ¿De tal modo nos habremos cambiado que nos den asco las espadas ó las lanzas de la escolta que asegure la persona de vuestro señor? — ¿Hay dinero? dijo Malegarde. — Si por cierto, contestó Piquard, sacando el bolsillo que le habia dado el marqués de Orrí: aquí hay cincuenta buenos doblones de á ocho. — No es mucho, dijo Pommeferre; calculemos: necesitamos nueve caballos; podemos contar con cinco de la caballeriza de nuestro amo, porque los restantes no pueden sufrir la fatiga de una larga jornada á la ligera. — ¿Y para qué nueve caballos? dijo Malegarde. — Ocho para nosotros tres y otros cinco camaradas, y uno para que monte en él nuestro señor cuando le libramos. — Son demasiado ocho hombres, dijo Piquard. — No, porque la escolta se compondrá por lo menos de diez ginetes, para los cuales son de todo pun-